

5
SOLEMNE SESIÓN

DEL

COLEGIO MÉDICO DE GRANADA

EN HONOR DE

D. José Godoy y Rico,

PRÉSIDENTE DE SU SECCIÓN CIENTÍFICA.



GRANADA.

Imp. y Lib. de la Vda. é Hijos de P. V. Sabatel,
calle de Mesones, 52.

1895

122419196 -

e. D.

C. D. 92 Godoy Rico, José R. 34.065

SOLEMNE SESIÓN

DEL

COLEGIO MÉDICO DE GRANADA

EN HONOR DE

D. José Godoy y Rico,

PRESIDENTE DE SU SECCIÓN CIENTÍFICA.



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA	
- GRANADA -	
Sala	C
Estante	44
Número	59(5)

GRANADA.

Imp. y Lib. de la Vda. é Hijos de P. V. Sabatel,
calle de Mesones, 52.

1895.





Dr. D. José Godoy y Rico
Catedrático de Operaciones de la Fa-
cultad de Medicina de Granada.
† el 7. Marzo de 1895.

ACTA DE LA SESIÓN DEL 20 DE MARZO.

«..... propuso el Sr. Paso que se celebrara una sesión pública en honor de D. José Godoy y Rico, por el título que ostentaba dentro del Colegio como Presidente de su sección científica y por sus grandes merecimientos personales.

El Colegio aprobó por unanimidad esta proposición, acordando que la sesión se celebre el día 24 del corriente á las dos de su tarde, en los salones del Excentísimo Ayuntamiento.....»

COLEGIO MÉDICO DE GRANADA.

SOLEMNE SESIÓN DEDICADA POR EL MISMO

Á LA MEMORIA DE

D. JOSÉ GODOY Y RICO,

PRESIDENTE DE SU SECCIÓN CIENTÍFICA.

Cumpliendo el acuerdo anterior reunióse el Colegio el día 24 del corriente en el salón de sesiones de este Excmo. Ayuntamiento, cedido galantemente por el Sr. Alcalde, para dedicar un homenaje de cariño y de respeto á la memoria del ilustre y malogrado presidente de su sección científica. Asistieron al acto algunas autoridades, muchos catedráticos, no pocos amigos del difunto, gran concurrencia de médicos y alumnos de

la Facultad de Medicina y un numeroso público que ocupó por completo el espacioso local. Se destacaba en sitio preferente y orlado de crespones y coronas el retrato del sabio doctor y ocupaban la mesa presidencial los Sres. Duarte, presidente del Colegio; Gutiérrez, vicepresidente; Pareja, vocal I.º; Simancas, secretario, é Ibañez. Abierta la sesión por aquél, leyeron los Sres. Ibañez y Pareja, un recuerdo y una biografía del finado; pronunció el Sr. Gutiérrez un discurso y cerró la sesión el Presidente dirigiendo también breves frases á la concurrencia en elogio del Dr. Godoy.

A continuación publicamos dichos trabajos, dejando á nuestros lectores el cuidado de apreciar sus méritos. Sólo diremos que la sesión fué digna del Colegio y del insigne médico á cuya memoria se dedicaba.



Á LA MEMORIA
DE MI INOLVIDABLE MAESTRO
DOCTOR GODOY.

Señores:

No es la muerte para el cristiano la extinción total de la vida; es la transformación de la existencia en una vida mejor. Ya lo decía el inolvidable Aparici: es embarcarse en puerto proceloso para desembarcar en las playas serenas de lo infinito. Sin embargo, siempre la muerte causa pena profunda, porque nos arrebatara seres queridos de nuestro corazón, y porque con ser tan pasajera la existencia terrenal, por las rudas batallas que en ella se libran, por lo efímero de sus goces y por lo profundo y amplio de los dolores que nos ocasiona, parece que nos aparta siglos inacabables de aquellos á quienes nos une un mundo de recuerdos.

Y si esto sucede en general, como si los recuerdos fuesen cadena férrea que nos atara al dolor; cuando se pierde á un ser como al que hoy lloramos, fácilmente se explica que nos contemplemos obsesionados todos por un estupor y una amargura sin límites.

Él luchó por la existencia con heroico esfuerzo; su denodado valor triunfó de todas las vicisitudes, y nadie podrá aspirar con mejores títulos á la consideración pública y universal.

Fué en el hogar modelo de esposos y de padres, en la cátedra maestro inteligente y espejo donde nos mirábamos sus alumnos: como médico, poseía todas las perspicacias del talento, todas las maravillosidades del genio, y habilísimo cirujano, su reputación había llegado á consolidarse sin posible contradicción. Aparte de todos estos especiales conocimientos,

su cultura general era tan variada y extensa, que pocos le alcanzaban, y en el trato social no se olvidará nunca la seriedad exquisita y caballerosa que arrastraba las voluntades con atracción irresistible.

Poseyendo todas estas cualidades, y después de una labor tan accidentada y provechosa, cuando podía repetir con legítimo orgullo aquellas palabras sagradas «buena contienda he librado,» «glofiosa carrera he concluído,» «siempre he mantenido la inquebrantable fe,» «mas al fin he logrado la corona de la justicia;» cuando en la plenitud de todas sus facultades, rodeábanle todo género de respetos y prestigios, al recoger ¡qué digo al recoger! todavía sin recoger el justo y merecido fruto, los inexcrutables designios de la Providencia lo han llevado á mejor vida, entregando su alma al Criador con piadosa y ejemplar mansedumbre; que tan honrada vida sólo podía terminar con tan cristiana y honrada muerte.

¡Preciadas coronas, símbolo de admiración, de afecto y de pesadumbre, multiplicados cariños, adhesiones y respetos le acompañaron á su última morada, y hoy le ofrecemos este tributo de nuestra singularísima estimación.

No puedo ni debo continuar. Dejo á otras personas distinguidas, á los maestros de la ciencia, el lugar que no debí invadir nunca, y que sólo he, aunque indignamente, ocupado en representación de la juventud médica agradecida al prodigioso maestro, al amigo de inagotable bondad, al sabio eminente, al intachable ciudadano.

Yo, en nombre de esa juventud te saludo, sombra generosa é inmortal, diciendo con el poeta:

Por más que el tiempo y la razón porfie
A divertir el ánimo afligido
Del entrañable y vivo sentimiento,
No habrá razón, ó tiempo, ó largo olvido,
Que nuestro luto funeral desvíe
Del siempre fatigado pensamiento.

HE DICHO.

ELADIO IBAÑEZ.

BIOGRAFIA DEL DR. GODOY,
ESCRITA Y LEÍDA
POR
DON JOSÉ PAREJA.

UNIVERSITY OF
MICHIGAN
LIBRARY

Señores:

EL Colegio Médico de Granada me ha honrado encargándome la biografía de nuestro llorado compañero y, aunque conozco bien la pesadumbre de tal misión, no he sabido negarme á cumplimentar el mandato por lo que en mi ánimo pueden la calidad del que lo dicta y los respetos debidos á la querida memoria del ilustre muerto, en cuyo honor nos reunimos.

Motivos de tal decisión habrán sido únicamente la antigua y buena amistad que con aquél me unía y la bondadosa apreciación que han hecho mis compañeros de mis pobres aptitudes. Respetando lo uno y agradeciendo lo otro, intentaré trazar con breves rasgos, porque temo á la torpeza de mi mano, la silueta científica de D. José Godoy.

Nacido, como sabéis, en pueblo de esta provincia, cursó en su capital los estudios de la segunda enseñanza con ese despejo y esa viveza precoces que, á modo de potente florecencia, auguran opimos frutos para la época de la madurez, sino impide la sazón, el desequilibrio ó exceso de trabajo, el error en la vocación ó cualquier otro accidente fortuito. No sucedió nada de esto en nuestro amigo, y las fundadas esperanzas cambiáronse, bien pronto, en tangibles realidades, pues desde los comienzos de su carrera médica, pudo verse que estaban bien encauzadas sus aptitudes y que iba cobrando su inteligencia el vigor y la madurez de otras edades. Los ejercicios de oposición á las plazas de alumnos internos diéronle motivo



para lucir la habilidad manual, la culta frase, el vigoroso entendimiento y la feliz memoria que tanto le han enaltecido y que tan justamente elogiamos, obteniendo, por merecido premio de tales prendas, á más del número primero, el especial galardón de que el tribunal juzgase digna de ser conservada en nuestro museo la pieza anatómica preparada por el bisoño estudiante, con habilidad impropia de sus juveniles años.

No hay para qué seguir paso á paso los que Godoy diera en el camino de los estudios, tan accidentado y á las veces enojoso de recorrer, como gustoso de recordar cuando los cabellos blanquean y los entusiasmos languidecen, en fuerza de años y decepciones. Basta con decir que fué un discípulo sobresaliente, en Escuela tan afamada y prestigiosa como la nuestra, madre feliz de muchos y preclaros hijos que le han pagado en honra los desvelos y cuidados de su solícita maternidad. Ser uno de los primeros en Granada fué, en cierto tiempo, el mayor de los encomios. No sé si después habrán cambiado las cosas hasta el punto de que pueda tacharse la afirmación de pretenciosa, pero sí que en la época de nuestro biografiado era un juicio tan extendido como justo. Digno remate de tan honrosa carrera fué el título de Licenciado por oposición, laurel que, por andar tan escaso que sólo puede ceñirlo una frente, viene á ser, algo así, como los honores del triunfo en la larga lucha literaria. Médico ya nuestro malogrado amigo, hubo de ceder, como otros muchos, al imperioso yugo de lo que llamamos las *circunstancias*, encerrando sus actividades y talentos en el estrecho, asfixiante círculo del *médico de partido*, donde tantas inteligencias se ocultan, tantas aptitudes se malogran y tantos sinsabores se cosechan; pero él supo moverse allí con mayor desenvoltura de la acostumbrada en tan reducidos espacios y hacer una reputación donde no hay alas para la iniciativa, ni vigor para el empuje. Convencido de la permanencia de tales trabas y amargado quizás su impresionable espíritu por los rigores de la ingrata lucha, se decidió á romper aquellas ataduras para remontar su vuelo á la altura á que su voluntad le impulsaba y su poder le permitía. Vino á Granada con la aspiración de ser mé-

dico de su hospital y, en disputado torneo, logró el ansiad^o puesto, mucho menos lucrativo que el que dejaba, pero más reposado y tranquilo y más conforme con sus aficiones al estudio y con su honrada ambición. Más de una vez, en esos desahogos íntimos de confiada amistad, me refirió lo que perdiera económicamente en ese cambio, felicitándose, no obstante, de haber tenido valor para realizarlo en busca de un porvenir, trocado en abundoso presente en la época de tales confidencias, siempre gustosas entre amigos, y mucho más cuando van aderezadas con el dulce sabor de los recuerdos.

Poco tiempo después logró la realización de sus más caras y añejas esperanzas, que desde los tiempos en que ocupara el banco del alumno, sintió, como otros muchos, el deseo no bien definido, ni mucho menos expresado, que esa clase de aspiraciones son tan pudorosas como los sueños virginales, de escalar algún día el sillón del profesor, tan cercano en el espacio material, como distante en su significación y transcendencia. Al lograr Godoy, en brillante oposición, la cátedra de Fisiología de la Facultad en que estudiara, debió sentir, con la agudeza propia de temperamento moral tan impresionable como el suyo, ese íntimo placer, esa viva satisfacción, quizás no exteriorizada, y, por lo mismo, más hondamente sentida, que acompaña á toda victoria lograda por el propio esfuerzo, sin sombras que la empañen, ni ardidés que la bastardeen. La aspiración embrionaria ó nebulosa de los primeros años, abrigada más tarde con cariño, se había cambiado en realidad: estaban rotas las molestas ligaduras y podía espaciar en la cátedra su ilustración y su talento. Entre los deberes de aquella, su visita de cirujano en el hospital, en donde iban cobrando aliento sus antiguas aficiones á la práctica quirúrgica, y la naciente clientela, compartía su tiempo y su labor, relativamente tranquila, hasta que una mudanza en su cargo universitario vino á dar nuevo rumbo á sus actividades. Vacante en esta Facultad la cátedra de Operaciones, por el traslado á Madrid de nuestro insigne y venerado Creus, no dudó Godoy en echar sobre sus hombros la pesada carga, seguro de sus fuerzas y ganoso de reputación y, tal vez, de honrado y legítimo lucro,

qué no es pecado, cuando se tiene una familia, el deseo de adquirir para ella el bienestar y la holgura que para sí propio se desdeña, ni es falta, sino, al contrario, honroso timbre la ambición de bien adquiridos bienes. La vocación le impulsaba también, que no eran dudosas las aficiones á la cirugía en hombre que, como él, se ha pasado tantos años esgrimiendo el bisturí con constancia y celo tan beneficiosos para la humanidad y tan pregoneros de su fama.

En éste último aspecto de su vida todos le habéis conocido y no he de esforzarme en hacer un panegírico que está en todas las conciencias, ni en pronunciar un elogio que asoma á todos los labios y que há pocos días fué expuesto en este sitio por modo tan acertado y elocuente. Godoy era un cirujano de cuerpo entero; de haber tenido á su alcance los medios con que se cuenta en otras naciones más afortunadas, hubiera ido tan lejos como el que más, pues aun estando constreñido por los obstáculos y penurias de nuestra práctica nosocomial, tan cerrada á los progresos y tan pobre de recursos, como llena de perniciosas rutinas, hizo todo lo que humanamente era posible en el medio en que se movía, merced á su vasta ilustración y á su incansable actividad.

Culto, hasta el atildamiento, en el discurso, hábil y atrevido en el anfiteatro, sesudo y reposado en la clínica, estudioso, como el que más, en la tranquilidad del gabinete, diligente en la asistencia de sus enfermos, fiel cumplidor de sus deberes universitarios y profesionales, vivo y nervioso en la discusión é inagotable en la doctrina, había conseguido aunar en su persona la riqueza teórica del erudito y la batalladora actividad del cirujano militante.

Tan continuo y espinoso trabajar fué causa de que no escribiera, y nos legara, tanto como podía esperarse de la profundidad de sus conocimientos y de la extensión de su práctica. No pudo escribir mucho porque los libros de otros y los enfermos propios le ocuparon el tiempo y la cabeza; pero, no obstante, cuando el deber lo exigió ó las ocupaciones lo permitieron, supo esgrimir la pluma con igual destreza que el escalpelo y la palabra.

Su *memoria* para el doctorado, sobre la *etiología de la tisis pulmonar*, su informe á la Diputación Provincial acerca de la *antisepsia*, de la que era adorador más que partidario; el erudito y elegante discurso con que, relatando los progresos de la Cirugía, inauguró, no hace mucho tiempo, un curso universitario; sus artículos sobre *autoplastias* y *calculosis vesical*, con que honró las páginas de la GACETA MÉDICA, y sus razonados dictámenes en la Academia de Medicina, son otras tantas demostraciones de mi aserto, no dictado por la amistad, aunque fué grande la que le tuve, sino por el imperioso mandato de la conciencia, que si sabe hacer justicia en los vivos, es más certera aun cuando se trata de los muertos.

De intento no he incluido en esa lista su trabajo referente al tratamiento del cólera por la eterización intestinal, porque ese escrito se liga con uno de los hechos más salientes y meritorios de la vida de nuestro compañero. No tengo tiempo, ni autoridad, para criticar el escrito, y para juzgar el invento, pero sí he de decir, mirando el acto por su lado moral, que Godoy dió, en aquella ocasión, la prueba más convincente del imperio de su voluntad cuando era estimulado por el acicate del deber.

Al venir sobre esta capital el memorable cólera del 85, de triste recordación para tantos granadinos, quizás sintió él, como sentimos todos, el escalofrío del miedo y el apocamiento moral que producen esas crisis; pero, así como el famoso Enrique IV de Francia, según cuentan historias ó leyendas, temblaba al luchar y sin embargo luchaba con denuedo y, lo que es aún mejor, vencía, Godoy luchó y venció hasta de sí mismo, que es la más plausible de las victorias, porque es la más cruenta y dolorosa. Si es más meritoria la virtud cuanto más se depura en el crisol de la contienda, y si es una virtud el trabajo, no fué escasa ni dudosa la de nuestro amigo que pasó su corta vida combatiendo y trabajando. Bien ganado tiene el reposo de la muerte, aunque tanto la sentimos, y bien ha hecho el Colegio Médico de Granada en tributar este homenaje de cariño, de admiración y de respeto á la memoria de nuestro sabio colega, que si se dig-

nifica y se engrandece el que sabe llorar la pérdida de los suyos, y si es poderoso lenitivo del dolor, la expresión del dolor mismo, habremos de encontrar honra y consuelo llorando la pérdida y enalteciendo la memoria de D. José Godoy, gloria y prez de nuestra profesión y nuestra clase.



DISCURSO PRONUNCIADO

FOR

Don Federico Gutiérrez.

Señores:

YA lo habéis oído; el sabio presidente electo de la Sección científica del Colegio Médico de Granada, no existe; y la hermosa pluma del Sr. Pareja ha trazado la historia de esa vida, dedicada al estudio, consumida en el trabajo. El ilustre catedrático de Clínica Quirúrgica ha sido cantor digno del insigne cirujano muerto. ¿Y qué me resta á mí?...

Si es verdad que las grandes ideas brotan del sentimiento y me fuera dado traducir en galana frase los que se agitan en mi alma, si convertir pudiera en brillantes conceptos las lágrimas que pugnan por escaparse de mis ojos, ¡ah! entonces, yo haría también un discurso digno del llorado amigo, del malogrado compañero, digno del Colegio Médico que se enaltece, honrando su memoria, y digno, en fin, de la amistad mía, que nació en los días rientes de la juventud, para vivir hoy, en las desdichas presentes, con las pasadas alegrías.

Y sin embargo de todas estas dificultades, yo creo que mi intervención en este acto, no es la intervención oficiosa del amigo; yo me considero con derecho propio á alzar mi voz, aunque es bien humilde, en esta triste solemnidad, porque ella es la reminiscencia de los años juveniles que juntos pasamos en fraternal convivencia, el recuerdo inextinguible de la vida estudiantil, que sin separación vivimos en el mismo cuarto de la casa de huéspedes, en la misma travesía nocturna por el callejón tortuoso, poblado de visiones y leyendas, en la misma plaza, agitada por el viento de días tan alegres

como tempestuosos, y en la atmósfera del aula misma donde recogíamos hambrientos el maná saludable de la ciencia...

¡Y qué triste despedir al amigo de toda la vida! ¡Qué triste el «adios» último, el postrero! Se lleva algo nuestro, átomos de nuestro ser, pedazos de nuestro organismo en los despojos mortales que devorará la tierra!—Nuestra historia adherida á su historia como hojas de un libro se rompe, se desgarrá, se deshace al arrancarnos la muerte al compañero querido, al amigo que partió con nosotros los goces efimeros y las penas hondas, las flores y las espinas, las horas de sol y las horas de sombras, los triunfos y los reveses de esta lucha constante, de este viajar errático desde la cuna al sepulcro.

Permitidme, señores, como punto de reposo en estas amargas reflexiones que compendie, que sintetice en breves palabras el discreto trabajo del Sr. Pareja, para sacar de él quizás más consoladoras ideas, quizás más tristes pensamientos.

Pepe Godoy,—(dejadme que lo llame así, como lo hice toda la vida, que parece al nombrarlo de este modo, que aún está vivo),—nos enseñó qué los éxitos de su vida escolar eran augurio, garantía de los éxitos venturosos del profesor. Hijo ilustre de nuestra amada casa, de nuestra Facultad de Medicina, sostuvo con mano firme la bandera de la ciencia, que han llevado á todos los centros universitarios, sin plegarla, ni abatirla, tantos maestros venerables y tantos compañeros distinguidos, como todavía viven para honra y prez de nuestra Escuela. Cirujano eminente, su bisturi hacía milagros, como heredero digno del Maestro insigne que extendió su nombre y el renombre de nuestra Facultad por toda la Península y más allá de las fronteras. Godoy era ya conocido en toda Andalucía y en casi toda España, y de su pericia guardan recuerdo grato muchos hogares cerrados, antes de llegar él, á la luz de la esperanza y caídos en ruinas y tristezas incurables; pero un esfuerzo del sabio y una audacia del artista, restaurando el organismo herido devolvían al cuerpo la salud, la alegría al espíritu, el jefe á su casa y un hombre útil á la sociedad.

Su constante labor, su actividad incansable no le permitían dedicarse á la producción científica, al libro vulgarizador de

sus vastos conocimientos; pero no obstante sus múltiples ocupaciones, en discursos académicos y en folletos que publicó en horas muy aciagas para esta ciudad, azotada entonces por la más horrorosa de las epidemias, él demostró la valía de sus talentos, su espíritu observador y sus tendencias progresivas. Cuando un velo de tristeza abrumadora anublaba la luz de aquellos días estivales; cuando en los rayos luminosos de aquella atmósfera letal flotaban miríadas de gérmenes destructores de un pueblo entero; en aquellas horas sombrías en que soplaban vientos de desolación y de muerte sobre nuestra ciudad; él, no fué sólo el médico celoso que asiste al enfermo, el obrero de la salud, luchando con el cólera en todo momento; fué más aún; fué el investigador que analiza hechos, el lógico que enlaza efectos y causas, el ingeniero que traza nuevas vías, el explorador que vislumbra más amplios horizontes. Ya que no ensalcemos el éxito seguro, aplaudamos la grandeza del intento.

¡Y qué caprichos tan crueles tiene el destino de los hombres! ¡Qué peripecias la tragedia humana! Apenas el estudiante pobre, el médico estudioso, el sabio profesor, el catedrático ilustre, á través de laboriosa y no infecunda peregrinación por los caminos del saber y del trabajo, llegaba á la meta deseada y cogía el primer fruto de sus afanes, el golpe de la muerte ponía brusco fin á su carrera. Naufragaba el marino á la vista del puerto. Sucumbía el labrador, después de un áspero invierno, cuando sus labores iban á ser recompensadas con la pingüe cosecha, que mecía el viento de la esperanza en las mieses ya doradas por el sol del estío. Es muy triste, señores, morir así, y más triste cuando una señora, sumida en las amarguras de la viudez y siete hijos todavía sin vigor para los combates de la existencia, ven caer de repente el árbol lozano que les daba sombra, cuando esperaban recoger de entre sus ramas las flores más olorosas y los frutos más regalados.

Si la idea consoladora de la Providencia no estuviese por cima del hado pagano, si la fe no aclarase las tinieblas del tránsito final, ¡qué brumas, qué hieles, qué horrores vertería

la desesperación en la alcoba mortuoria, donde un padre amantísimo se despide con el «adios» último de los pedazos de su alma! Pero si en la circulación eterna de los seres vivos no hay descansos definitivos, ni soluciones de continuidad, porque así lo dice con su voz angusta la ciencia; en la comunión de los espíritus, en la sociedad de las inteligencias y de los pensamientos, tampoco hay barreras, ni abismos infranqueables; sólo evoluciones transitorias y mudanzas] accidentales que no interrumpen la incesante marcha de los seres morales á través de los mundos. No expreso utopías metafísicas, ni pretendo suavizar mi pena con la esperanza cantada por los poetas y los creyentes: expreso la verdad] positiva, á la vez que el sentimiento universal que un físico moderno, coincidiendo con filósofos antiguos, ha condensado en esta fórmula: «nada se pierde, nada se gana».—No se pierde la energía vital del sabio compañero que lloramos, porque se disgreguen las moléculas de su cuerpo; no se pierde el caudal de ciencia que aportó el maestro al erario de la Facultad de Medicina; no se pierde el crédito glorioso de la Escuela con la desaparición de un hijo predilecto; no se pierde, aunque á veces padezca eclipses, el sol del progreso que á todos nos ilumina y conforta, haciendo del Colegio Médico de Granada una familia de hermanos, unidos tanto por los suaves lazos del cariño, como por la devoción santa á la madre común, la ciencia.

Y la ciencia, señores, á que nuestro infortunado amigo dedicó todas sus energías, la ciencia nuestra,—bien lo sabéis— es la que estudia los secretos del organismo y analiza sus fenómenos y trata de determinar sus leyes para prevenir ó curar las enfermedades; es la que «la antigüedad más justa que nosotros, según frases de Cabarrús, adoraba en el mismo número la luz, la armonía y la salud;» es la que hermanada con la caridad nos lleva sin temores á respirar en el aliento del enfermo los gérmenes de la infección, y á beber en las salas del hospital las ponzoñas del contagio; pero ¡ah! es también la que nos hace sentir placer inmenso, inefables goces al apagar la fiebre que devora, al devolver á los ojos sumidos en la obscuridad todas las alegrías luminosas de la visión y al

encender en el cerebro entenebrecido del loco la antorcha vivificante de la razón y de la inteligencia. Entre las ciencias médico-quirúrgicas, él buscó la que más *hace*, la que más *obra*: la Cirugía. La Cirugía que puede decirse comienza con el sílex prehistórico y no termina con el cuchillo eléctrico, que parece formarse en los días memorables del anciano de Coos con su *armamentarium*, rico arsenal para aquellos tiempos, y que hoy asombra con la variedad infinita y la delicadeza extrema de sus instrumentos: la Cirugía que, en manos de Galeno, ponía al descubierto el pericardio *putrefacto*, según su expresión, y que penetra ya sin temores en todas las cavidades orgánicas: que con A. Pareo destierra la absurda práctica de curar con aceite hirviendo las heridas por arma de fuego, y que en nuestros días resuelve con Lister las graves complicaciones sépticas, terror de los cirujanos de todos los tiempos y todos los países: la Cirugía, que con Hunter empieza su carrera triunfal, aún no interrumpida, al lanzarla este genio poderoso por la vía de la experimentación, dejando escrito su nombre en trabajos inmortales y con Warren rompe aquella unión, que Velpeau consideraba indisoluble de *instrumento cortante y de dolor*.....

Esta era la ciencia de nuestro amigo; y ya comprenderéis que no basta la inteligencia, que en él era grande y vigorosa, para explicar la elevación del que asciende rápido y firme, desde el valle á la cumbre, como Godoy subió, pasando por la agria pendiente de la Cirugía, regada siempre con sudores y lágrimas. No basta la inteligencia: se necesita el trabajo asiduo, constante, tenaz, que desgasta los músculos, derrocha la energía cerebral, consume las horas y acaba por agotar todas las actividades del hombre más enérgico y fuerte; y el trabajo fué la sugestión perpetua de nuestro desgraciado compañero. Obrero fué y obreros somos del campo científico donde se yergue lozano el árbol de la salud y de la vida. Obrero que se valía de la mano y de la máquina artificiosa; que en el gabinete de estudio perseguía con la imaginación la larva misteriosa de la idea y en el anfiteatro realizaba la operación quirúrgica; porque en las Ciencias médicas en conjunto, como

en la Medicina y en la Cirugía en particular, están dignamente representadas la ciencia y el arte, la meditación y la acción, la teoría y la práctica, la especulación mental que se remonta y cierne en el cielo azul por cima de las montañas más altas, y la ejecución material que labora sobre la misma tierra, desgarrando á veces la materia para sorprender en sus repliegues el secreto de la verdad y la vida.

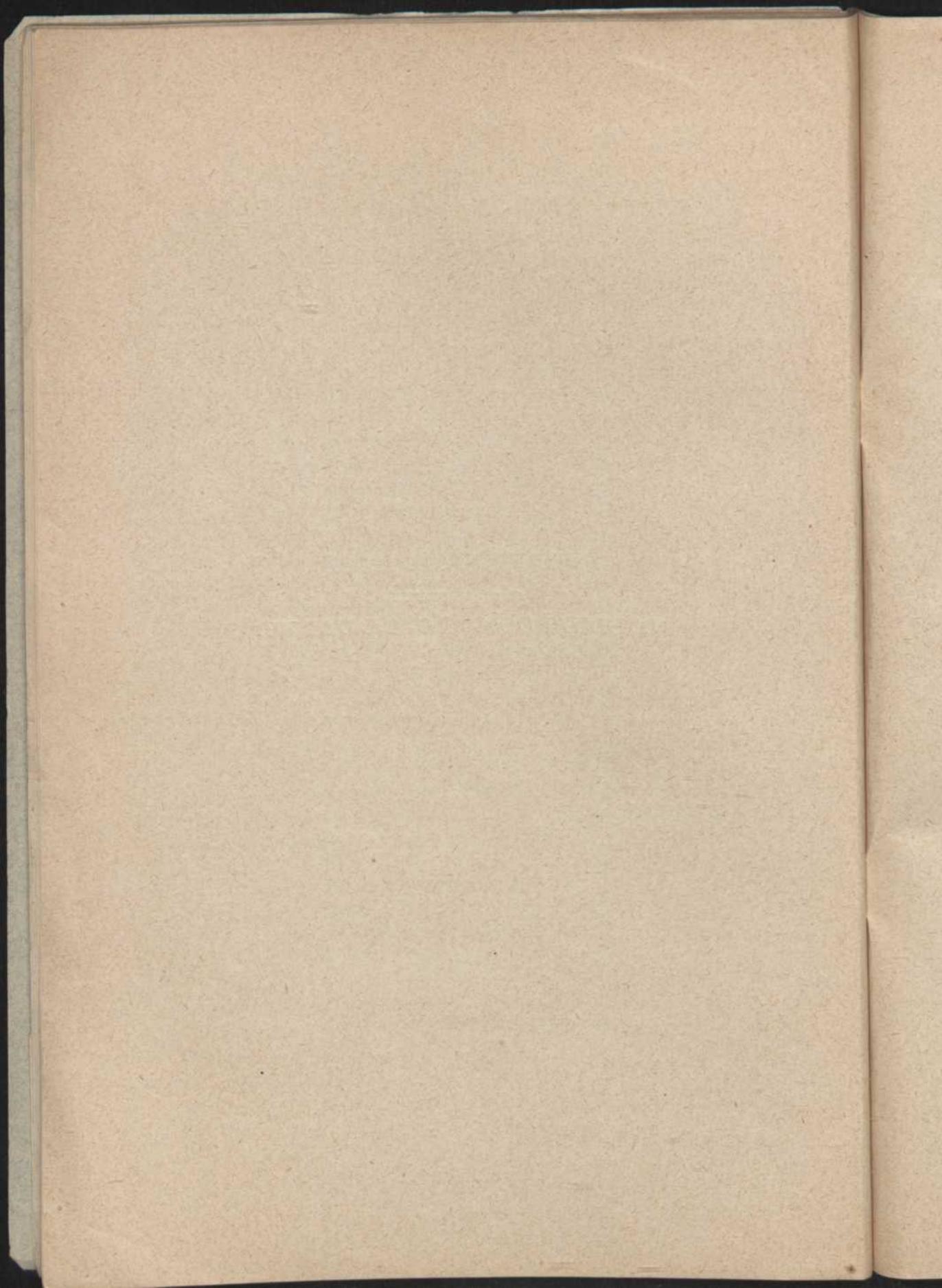
Voy á concluir, señores, sintiendo haberos cansado. El Colegio Médico de Granada al dedicar este recuerdo á su ilustre socio, honra al muerto y honra á los vivos, enalteciéndose á sí propio. Comprofesores, amigos, hermanos, miembros de una sociedad, nuestros duelos y alborozos son comunes, y comunes nuestras caídas y nuestros triunfos. No lo digo por retórico encarecimiento: habrá sus grados en la escala de méritos y deméritos; pero la costumbre, la ley y la razón dicen á una que los hijos de una familia, los fieles de una iglesia, como tienen mancomunidad de afectos, son igualmente responsables de los actos oscuros ó gloriosos de la sociedad á que pertenecen, reflejándose en la historia particular la grandeza ó decadencia de la historia general ó colectiva. Y aquí, señores, en el caso presente en que el dolor ha tenido eco y eco vibrante en nuestros corazones, también somos partícipes de la eximia reputación del compañero muerto, su renombre tiene eco en nuestros nombres. Por eso el Colegio Médico, con la ofrenda de esta sesión, cumple sencillamente un deber; y si me permitís que termine hablando en nombre propio, no acordándome de la representación honrosísima que ostento, llevando la voz del Colegio en este acto, sino pensando sólo en el compañero que perdí, entonces, yo acabaré, diciéndole: «descansa en paz, buen amigo mío; que si por la misericordia del Señor luce para tí la luz eterna, aquí has dejado lo que se puede dejar; compañeros que aprecian en su justo valor, tu fecundísimo trabajo, corazones que sienten, ojos que lloran.» Y á vosotros, los que habéis venido á esta triste solemnidad dándola realce con vuestra presencia, á vosotros me contentaré con pedirlos para el pobre muerto, una plegaria y una lágrima.

HE DICHO.

PALABRAS CON QUE CERRÓ LA SESIÓN

EL SR. PRESIDENTE

D. EDUARDO GARCÍA DUARTE.



Señores:

DESPUÉS de los brillantes discursos que se acaban de pronunciar, y en los que no se sabe qué admirar más, si la belleza de la forma, la profundidad del concepto, la galanura de la frase ó el profundo sentimiento que revelan, la Presidencia no debe añadir una frase más, que serviría solo para distraer la profunda emoción que á todos nos embarga, al ofrecer nuestro tributo de admiración y cariño, al profesor eminente cuya pérdida nos produce tan profunda amargura, que la palabra no se presta bien á expresarla, no sólo por la pobreza de la mía, sino porque los grandes afectos se sienten mejor que se expresan. Me resta tan sólo, en nombre del Colegio Médico granadino, felicitar á los señores que me han precedido en el uso de la palabra, y darles gracias por la manera perfecta como han interpretado los sentimientos del mismo, trazando al paso un lazo más de unión y de fraternidad entre los individuos de esta asociación apenas nacida, y que entre otras aspiraciones tiene, la de formar una masa harmónica y compacta del cuerpo médico, capaz de resistir á los embates y contrariedades que la práctica profesional nos ofrece todos los días.

En nombre del Colegio Médico granadino, debo también ofrecer la expresión de nuestro agradecimiento, á las distinguidas personas que nos han favorecido con su presencia, demostrando que como nosotros sienten, y como nosotros co-

nocen las grandes cualidades del compañero que perdimos, honrando en su persona á la ciencia de que era digno representante, y á los que al ejercerla, formamos un organismo social, cuya importancia no es para todos conocida.

¡Quiéra el Supremo Hacedor que nuestro profundo sentimiento, sirva de consuelo al dolor de la distinguida familia de nuestro compañero, y que la reseña de sus merecimientos, tan admirablemente hecha en este sitio, sirva á todos de poderoso ejemplo y de estímulo á la juventud escolar, para que algún día pueda repetirse de otros, lo que aquí sin reservas afirmamos: Que D. José Godoy y Rico por su talento, por su ciencia, por su laboriosidad y por sus virtudes, será siempre una estrella brillante en la historia del Colegio y de la Universidad granadina.

HE DICHO.



